

BORINQUEÑOS Y CARIBES. ETNOHISTORIA DE PUERTO RICO EN LA OBRA DE ÍÑIGO ABBAD Y LASIERRA

LORENZO E. LÓPEZ Y SEBASTIÁN

El conjunto de las Antillas constituye, como es bien sabido, la antesala del continente americano, tanto desde un punto de vista geográfico, en relación con el mundo europeo, como desde un punto de vista histórico-cultural, siendo a finales del siglo XV el lugar de contacto con un mundo tan desconocido como prometedor para quienes se aventuraron con Colón en sus naves o apoyaron su empresa ante la Corona.

De la multitud de islas e islotes que componen los archipiélagos y del conjunto más significativo de las Antillas Mayores, ha sido la isla de Puerto Rico encrucijada de culturas, punto de fricción constante y avanzada oriental, desde los tiempos más remotos del paso migratorio surcontinental al proceso emancipador de las nuevas naciones que configuran el actual mapa político del área.

Nos parece, por tanto, de suficiente interés resaltar la personalidad y la obra de Íñigo Abbad y Lasierra, considerado como el primer historiador sistemático de Puerto Rico, que avanzado el siglo XVIII, legó una historia general, en parte crónica tardía, sobre una tierra que conoció bien y en la que no le faltaron por vivir ni las experiencias amargas del descrédito y la expulsión.

Pero no es la personalidad aventurera del benedictino aragonés lo que más nos interesa en la presente ocasión, sino su capacidad de historiador, su inquietud de geógrafo y, de forma especial, su valoración de los indígenas de la isla o relacionados con ella, que se muestra no por su conocimiento directo, sino por la elección de sus fuentes, los aspectos que resalta y la forma como compone la historia del contacto entre españoles e indígenas, sin olvidar las pervivencias en usos y costumbres que

sí llegó a percibir en su experiencia puertorriqueña y cuyo tratamiento pretendemos ofrecer en las páginas que siguen.

I. SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE ÍÑIGO ABBAD Y LASIERRA

Sin pretender biografiar a nuestro personaje, labor realizada con rigor y actualización por Isabel Gutiérrez del Arroyo¹ y después por Sylvia Hilton², conviene recordar algunos puntos claves para entender su obra y mentalidad que la informó.

Nació Juan Antonio Pascual Agustín Iñigo Abbad y Lasierra el 19 de abril de 1745 en Estadilla, actual provincia de Huesca, al noreste de Barbastro, en el seno de una numerosa familia, aunque sería su hermano Manuel, quince años mayor que él, quien más influyó en su vocación religiosa e histórica, pues llegó éste a ocupar dos obispados, un arzobispado, ser Inquisidor General y miembro de la Real Academia de la Historia, donde se conserva una treintena de obras suyas.

Tras los estudios de filosofía seguidos en la Universidad de Zaragoza, profesó en la Orden benedictina en Santa María la Real de Nájera, continuando estudios en Galicia y Navarra, graduándose en la Universidad de Irache como maestro en Artes y doctor en Teología y Cánones.

El nombramiento de fray Manuel Jiménez Pérez como obispo de Puerto Rico, quien conocía a Iñigo por ser también benedictino de Nájera, y en quien concurrían las circunstancias de su avanzada edad y la amplitud de la diócesis, que además de la isla comprendía las adyacentes, Trinidad, Margarita y tres provincias de la actual Venezuela: Cumaná, Orinoco y Nueva Barcelona, movieron al nuevo obispo a llevar a Iñigo como secretario y confesor, llegando a tierras puertorriqueñas en 1771, convertido en hombre de confianza de Jiménez Pérez.

Una amplia actividad pastoral caracterizó la labor de Iñigo Abbad, entre la que destacamos la instrucción de los indios guayquiríes de la Margarita y su agrupamiento en pueblos, que le llevó un año, y que posiblemente supuso su más intenso contacto con el mundo indígena.

Sin embargo, las desavenencias con el gobernador y el auditor de guerra unidas a las denuncias por usura, que pudieron ser ciertas, y de falsificación de la marca real de esclavos, así como de promover perturbaciones públicas, manipular al obispo y malversar caudales, les permitieron obtener una orden de expulsión en junio de 1777, que motivó la defensa del obispo hacia su secretario, que no llegó a impedir su salida

1. Estudio preliminar de la edición de ABBAD, 1970, pp. XIX-XXXII.

2. Estudio de la edición de ABBAD, 1981, pp. 61-75.

definitiva de Puerto Rico el 21 de mayo de 1778, aunque posteriormente fuera absuelto de los diversos cargos de que se le acusaba.

Con la interrupción de su experiencia americana inicia una etapa en España que le llevaría a ocupar, sucesivamente, los cargos de calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, procurador general de la Orden benedictina en la Corte, abad mitrado de Besalú en Cataluña, por nombramiento de Carlos III y, finalmente, por orden de Carlos IV, obispo de Barbastro, consagrado en Madrid por el cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, tomando posesión de aquella sede en agosto de 1790, efectuando numerosas reformas, entre las que puede señalarse la apertura pública de la biblioteca episcopal de Barbastro en 1802.

Declarado enemigo de Napoleón, al comenzar la guerra de Independencia salió de su diócesis, residiendo en Baleares, Tarragona, Alicante y Valencia, padeciendo la confiscación de sus bienes por los franceses, viviendo desde 1810 con las rentas asignadas del arcedianato de Huete, hasta ser presentado en 1813 para el arzobispado de Valencia, trámite interrumpido a causa de su muerte el 24 de octubre de ese año en las proximidades de Valencia y su inhumación en la iglesia del cercano pueblo de Ribarroja del Turia.

II. LA OBRA DE INIGO ABBAD Y LASIERRA

La primera y más completa obra de Abbad es la *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, terminada en 1782 y escrita a instancias del Conde de Floridablanca, amigo de la familia Abbad, aunque no se vería impresa hasta 1788 por el editor Antonio de Valladares en Madrid, existiendo varias ediciones hasta el siglo XX, entre las que destacamos la realizada en Puerto Rico por Isabel Gutiérrez del Arroyo³, que es la utilizada en la elaboración del presente trabajo.

En 1783 dirigió un memorial al Príncipe de Asturias, solicitando protección para escribir un *Diccionario General de América*, del que sería una muestra la *Historia de Puerto Rico*, para el que recibió cierta ayuda y cuyo inicio fue la parte relativa a la costa de California, que no llegó a terminar.

La segunda obra publicada fue la *Relación del descubrimiento, conquista y población de las provincias y costas de la Florida*, en Madrid el año 1785⁴ y la más recientemente publicada, aunque concluida en 1783,

3. ABBAD, 1970; 1981, pp. 67 y 76.

4. ABBAD, 1981, pp. 70 y 76.

es la *Descripción de las costas de California Septentrional y Meridional hasta el estrecho de Anián. Su descubrimiento; variedad de nombres que le han dado...*, editada por Sylvia L. Hilton en Madrid en 1981, quien presenta el original transcrito y anotado, haciendo constar que no se trata de una obra completa, sino de la parte introductoria de una amplia y ambiciosa obra que actualizará los conocimientos existentes sobre América a finales del siglo XVIII⁵.

Sin embargo, es la *Historia de Puerto Rico* la obra que nos interesa en la presente ocasión y en ella puede constatarse el interés geográfico, en especial lo relativo a la geografía histórica, que se acusa en el autor, que tampoco es ajeno al mundo natural, como explicita en el título; en cuanto al valor histórico, debemos señalar el carácter global, empirismo metodológico basado en la observación, pragmatismo y un constante esfuerzo por mantener una objetividad casi hermética⁶.

Metodológicamente no se trata de una historia documental sino basada en la historiografía existente, con especial énfasis en media docena de cronistas del siglo XVI: Fernández de Oviedo, Las Casas, Cieza de León, Acosta, Herrera y Castellanos. Historiadores franceses del XVII y una amplia representación de historiadores y naturalistas del siglo XVIII, como Buffon, así como historiadores manifiestamente antihispánicos como Robertson y Raynal, que llegaron a tener prohibida la difusión de sus obras en los reinos españoles⁷.

De los cuarenta capítulos que forman la obra, el II, III, V, VI, VII, VIII y IX hacen referencia a la historia del descubrimiento y las relaciones entre españoles e indígenas. El IV al carácter y formas de vida de los pobladores autóctonos, mientras que en el XVI se ocupará de los *caribes*. Los capítulos X y XII se refieren a la salida, descubrimiento y población de la Florida por Juan Ponce de León. Los capítulos XI y XII tienen como tema principal los dos repartimientos de indios y sus consecuencias, en el XIV se ocupa de fundaciones, ataques *caribes* y defensa y en el XV continúa con el mismo tema, así como se refiere a los huracanes y al poblamiento de Trinidad que diezmo la población española de puerto Rico.

En los capítulos XVII al XIX el tema dominante es el de los ataques y agresiones inglesas y holandesas a la isla.

Los últimos veinte capítulos se centran en el siglo XVIII: la descripción topográfica, gobierno, población, agricultura, comercio, hacienda, castas, usos y costumbres y los ocho últimos capítulos se refieren al

5. ABBAD, 1981, pp. 75-76.

6. ABBAD, 1970, pp. XXXII-XXXVIII.

7. *Ibid.*, pp. XXXVIII-L.

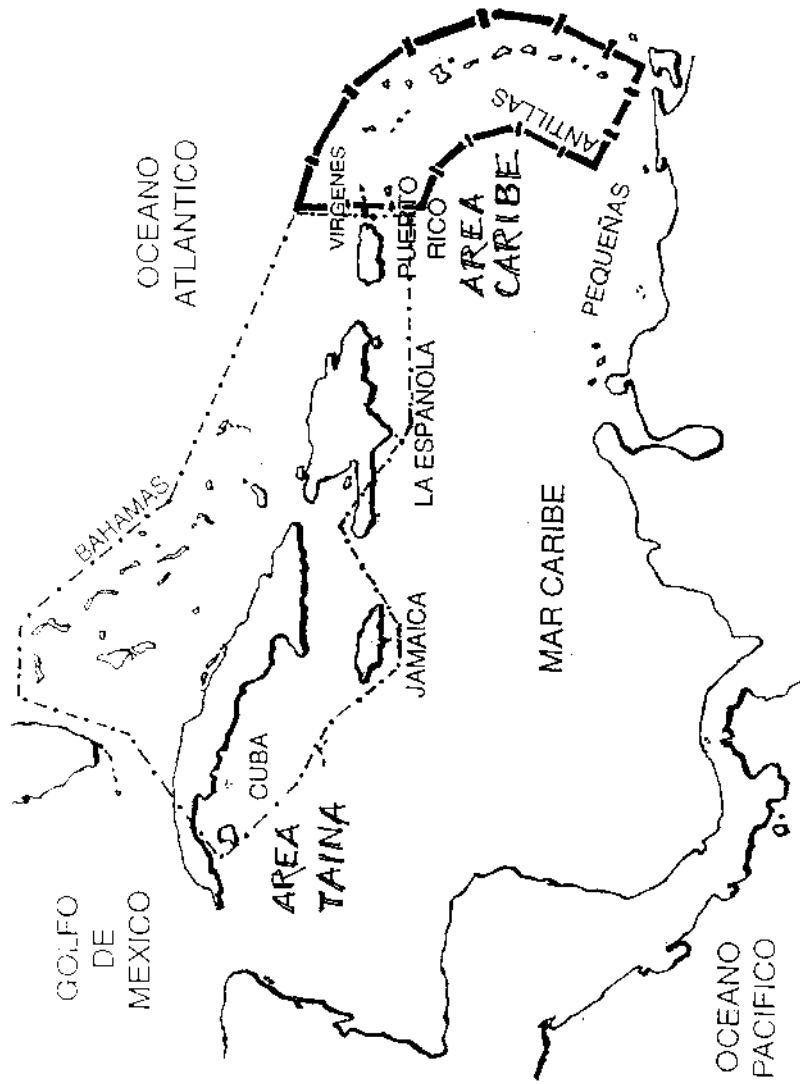


Fig. 1. Mapa de la región circuncaribe con indicación de las áreas culturales tardías taina y caribe

mundo natural puertorriqueño, cerrándose la obra con los catálogos de obispos y gobernadores de la isla.

Del conjunto de la obra nos referiremos especialmente a los capítulos IV y XVI, marcadamente etnográficos, remitiendo a los de carácter histórico relativos al siglo XVI, y en algún caso, a los relativos a formas de vida observadas por Abbad en el siglo XVIII que interpreta como pervivencias de otras pasadas y que se concretan en los capítulos XXX y XXXI.

III. POBLACIÓN INDÍGENA DE PUERTO RICO

La isla de Puerto Rico, conocida en la lengua local como Borinquén o Boriquén, participa de las características generales determinadas por la geografía antillana y en cuanto a su poblamiento prehispánico se asemeja a las Mayores en lo referente a procesos migratorios de origen continental, efectuados por pueblos de lengua *arawak*, asentados en las diversas islas y productores de culturas regionales y locales de diverso grado de desarrollo y expansión⁸.

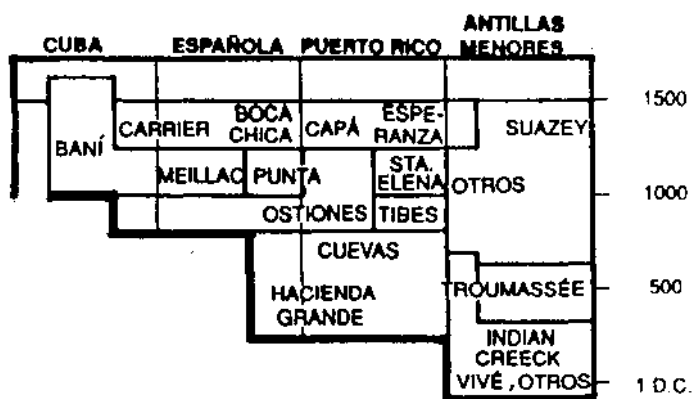


Fig. 2: Cuadro cronológico de las culturas cerámicas de Puerto Rico y sus asociaciones con las de otras islas. Las más recientes —Capa y Esperanza— corresponden a la tradición Chicoide de la República Dominicana, mientras que Suazey, en las Antillas Menores, se asocia con los caribe.

Arqueológicamente son culturas de difícil caracterización que han dado lugar a complejas teorías, aplicación de métodos específicos y deno-

8. ALCINA, 1965, pp. 482-495; BALLESTEROS, 1992, pp. 14-21; LOPEZ, 1992, pp. 7-10.

minaciones distintas para los mismos grupos, que a su vez han sido clasificados según patrones diferentes a los empleados en otras áreas para culturas semejantes, siendo característica reiterada la coaplicación de métodos arqueológicos y etnohistóricos para los períodos más recientes, a veces con criterios demasiado subjetivos por parte del investigador, que ha de comenzar por establecer equivalencias entre las denominaciones aportadas por sus predecesores y, a veces, añadir la propia.

De esta complicada arqueología, en la presente ocasión, nos interesan las culturas y pueblos más recientes, y en especial aquellos que entraron en contacto con los europeos, aunque su caracterización nos induce a referirnos, brevemente, a los precedentes que nos llevan al estilo más puertorriqueño e influyente en gran parte de las Antillas, que es el llamado *Ostiones*, que entre el 800 y 1200 d.C. se desarrolló en Puerto Rico influenciando homogéneamente desde las Antillas Menores hasta el oriente cubano, continuando en desarrollos locales diferenciados en dos fases — *Tibes y Santa Elena*— en la región oriental de Puerto Rico, con menos modificaciones en la parte occidental de la isla y dando lugar en la República Dominicana al estilo o fase *Punta*, configurando así al llamado estilo o fase cultural, en términos estrictos horizonte, *ostionoides* 9.

La fase o período más reciente, que llegará a prolongarse hasta la época hispánica, viene marcado por dos culturas locales en Puerto Rico, que son *Esperanza* en la región oriental y prologándose por las islas Vírgenes y *Capá* por el oeste, en ambos casos dentro del horizonte o estilo dominicano estudiado en *Boca Chica*, extendido a Cuba y que se conoce como *chicoide* 10, siendo la cerámica el principal elemento diferenciador y presentando en los desarrollos borinqueños notables diferencias, pues mientras la cerámica de *Esperanza* se afina y desplaza hacia los bordes la decoración incisa del período *Santa Elena*, las producciones adscritas a *Capá* son las más burdas de la arqueología antillana en su grosor, modelado e incisión, lo que sugiere un deterioro de las técnicas, distinto al proceso ocurrido en la República Dominicana y en la región oriental.

Si tuviéramos que resumir, diríamos que en Puerto Rico se da la mayor pervivencia de la cerámica *saladoide*, con la cultura *Cuevas*, prolongándose del 200 al 800 d.C.; la cerámica *ostionoides* caracterizó un importante ámbito antillano y tuvo su origen en Puerto Rico y la cerámica *chicoide* es la más reciente y diferenciada de Puerto Rico. Las primeras serían características de la cultura *arawak* o *sub-taína* y la última sería la propiamente *taína*, que fue la que vieron los españoles de finales del siglo XV en la isla.

9. ALCINA, 1965, pp. 486-492; ROUSE, 1983; LOPEZ, 1992, pp. 22-23.

10. ALCINA, 1965, pp. 492; LOPEZ, 1992, pp. 27-28.



Fig. 3: Canoa monóxila. principal medio de transporte entre los pueblos antillanos, según grabado del siglo XVI.

La riqueza arqueológica de la zona, el grado de desarrollo cultural de los pueblos que ocuparon sucesivamente la isla y la común característica de la facilidad de comunicación marítima gracias a un elemento básico como la canoa, ha originado una abundante bibliografía arqueológica que comprende desde estudios generales del área a los asentamientos específicos, y aunque su mención sale de los límites del presente trabajo, anotamos obras básicas por su entidad o actualidad para completar el sintético cañamazo que en líneas anteriores hemos ofrecido ¹¹.

Desde un punto de vista etnohistórico, y partiendo de las observaciones que a través de crónicas y documentos han llegado a nosotros, podemos caracterizar a los *taíno* borinqueños como un grupo relativamente numeroso, de al menos 50.000 almas, organizado según una jerarquización en cuya cúspide estaba el *cacique*, agrupados en poblados llamados *yucayeques*, que se formaban según una plaza —*batey*— y casas de planta poligonal o circular —*bohío*— o rectangulares —*caney*— con o sin porche abierto a la entrada, formadas con madera, caña y fibra vegetal en la cubierta; con frecuencia se construían sobre un plinto con postes que corregían las pendientes y facilitaban el drenaje, con un suelo entarimado que servía de aislamiento.

Conocían la agricultura de tubérculos y gramíneas que complementaban con caza menor, pesca y recolección de frutos silvestres, que les permitía una dieta aceptable y no tenían necesidad de controlar excedentes.

Talladores de piedra y notables pulidores de la misma, han dejado magníficos ejemplares de hachas petaloides y amigdaloides, trigonolitos, codos y collares monolíticos, aún no interpretados culturalmente en sus funciones. También trabajaron las maderas duras y han llegado a nosotros asientos ceremoniales —*duhos*—, apoyanucas e idolillos en piedra, madera y fibras vegetales, así como los llamados *ceinies* o *zemies*, con funciones específicas.

Especial interés ofrece la cerámica, con variedad de ejecuciones y formas, destacando los engobes, pinturas, incisiones geométricas, apéndices moldeados y modelados, con abundantes representaciones antropomorfas y zoomorfas.

Usaron el algodón en sus someros vestidos y adornos, conociendo el hilado y tejido, y se adornaban con objetos de conchas marinas y oro bajo —*guanín*— que tanto buscaron los españoles.

11. ALEGRIA, 1950; COLL, 1969; BALLESTEROS y GOMEZ, 1978; de ámbito general, ALCINA, 1965; ROUSE, 1983; ROUSE y ALLAIRE, 1979; SEMINARIO, 1983; VELOZ, 1991; LOPEZ, 1992; como ejemplo de estudio monográfico sobre un sitio arqueológico, GOODWIN and WALKER, 1975.

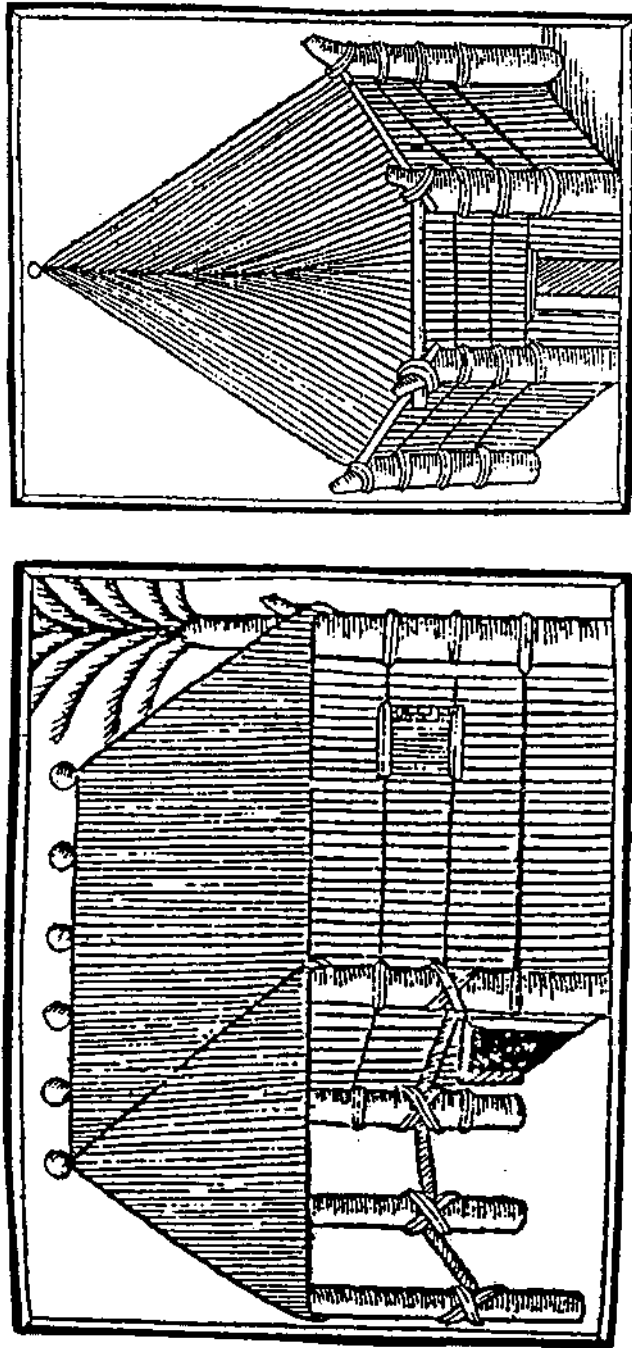


Fig. 4. Formas básicas de construcciones habitacionales tainas, caney de planta rectangular y bobío de planta poligonal o circular, según grabados del siglo XVI.

Destacaban dos tipos de fiestas, los *areytos*, celebraciones con música, canto y baile, comida y bebida ofrecidas como ritual, y el *bato* o juego de pelota, que se hacía con una bola flexible, juego cuyo secreto estaba en que no quedara inmóvil la pelota en el suelo.

Según pudieron observar los primeros cronistas, había una divinidad superior, protectora que estaba en el cielo y a quien llamaban *Yocahu*, y otras divinidades menores —representadas en los *zemies*— a las que podían incorporar a los *caciques* desaparecidos, de quienes quedaba buen recuerdo. El ritual más conocido de relación con la divinidad es el de la *cohoba*, donde se aspiraba por la nariz humo de tabaco, tras una purificación con vómitos provocados mediante espátulas a modo de cucharillas, que llegaba a producir alucinaciones que luego se interpretaban ¹².

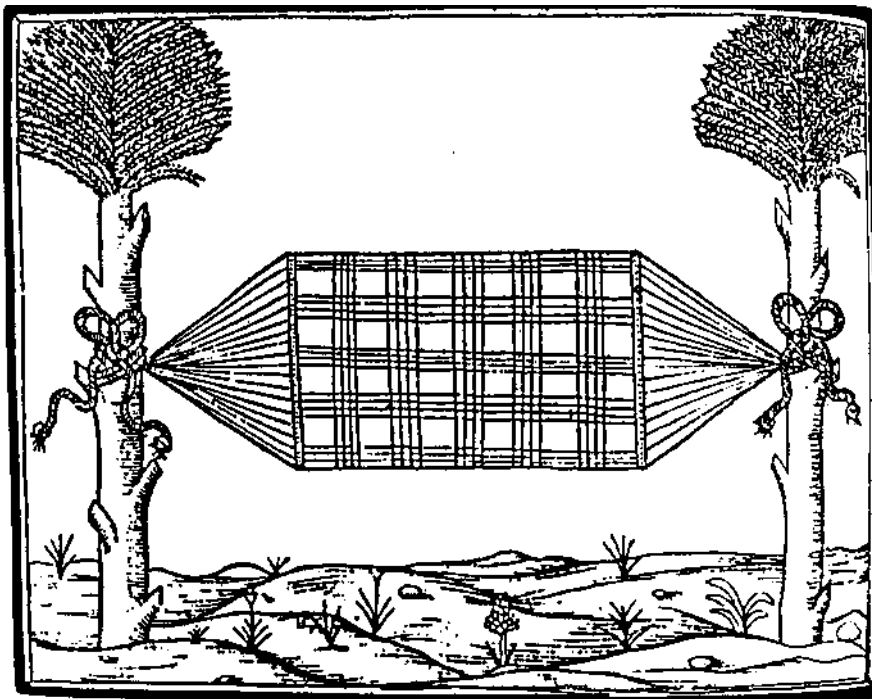


Fig. 5: Hamaca taína, pieza básica del mobiliario antillano, según grabado del siglo XVI.

En cuanto a sus relaciones, la más continua y negativa fue con los *caribe* que hacían periódicas exploraciones depredatorias, en las que se

12. ALEGRIA, 1950; BALLESTEROS y GOMEZ, 1978; SEMINARIO, 1983; BALLESTEROS, 1992, pp. 25-47 donde se ofrece una síntesis de los anteriores.

incluía el rapto y en las que se ponía de manifiesto la agresividad de aquellos.

Los intentos de contacto pacífico de los descubridores despertaron su confianza, y coinciden los testimonios y la historiografía, en presentarnos a pueblos pacíficos, acogedores, dóciles y generosos, que pronto se verían sometidos a sistemas de control mal acogidos, expuestos a riesgos para los que carecían de defensas, en muchos casos maltratados y abocados, tal vez sin intención, a una rápida y temprana extinción que se ha recogido en la historiografía posterior con claras diferencias de valoración e interpretación.

IV. LOS INDÍGENAS BORINQUEÑOS EN LA HISTORIA DE ABBAD

En el capítulo IV de su *Historia de Puerto Rico* nos ofrece Abbad una síntesis de los escasos datos de carácter etnográfico que ha seleccionado, ordenado y enriquecido con comentarios eruditos de tipo comparativo, sin desviarse demasiado de las fuentes, tratando de explicar lo que describe y quejándose, o al menos lamentando, la falta de datos relativos a la población autóctona de Puerto Rico en la historiografía del XVI.

Comienza con una explicación de carácter determinista, donde el medio físico condiciona la conducta, condicionamiento que hace extensivo a animales y plantas, aunque en los hombres las costumbres en algunos casos... «no son efectos del clima, ni de la situación, sino arbitrarios o adquiridos por la afinidad o comercio con otros pueblos distantes»..., sin olvidar las diferencias entre todos los pueblos de América, ni considerar a los de Puerto Rico feroces y bárbaros como los *caribe*, por el mero hecho de la proximidad, pues al contrario que éstos, fueron simples, crédulos, estrictos en la represión de sus peores delitos: el hurto y el incesto, lo que no impide que tengan defectos ¹³

Continúa refiriéndose a la abundante población que vieron en 1509 los españoles de Juan Cerón —...«tan poblada de gente como una colmena»...— y gobernada por caciques sujetos al principal, llamado Agüeynaba, asentado en la Aguada, en el extremo noroccidental de la isla ¹⁴.

En las líneas siguientes describe el aspecto físico de los indios, de color cobrizo oscuro, que atribuye a la humedad; la baja estatura a pesar de su corpulencia, nariz platirrina, mala dentadura, deformación craneana fronto-occipital, cabello negro y largo, sin barba ni vello. Atribuye a la alimentación, el clima caluroso y la falta de ejercicio —al carecer de cua-

13. ABBAD, 1970, p. 20.

14. *Ibid.*

drúpedos para cazar— su flojedad, que los hacía ...«enemigos de toda fatiga y de una aversión extremada a todo trabajo»... convirtiéndolos en seres indiferentes y apáticos que ni buscaban el bien ni temían el mal, de donde colige que el carácter de un pueblo se forma tanto por causas físicas como morales y políticas. A pesar de todo lo cual, no faltaron casos de notable resistencia a los españoles, llamando la atención por su ligereza y soltura, sin que abunden los lisiados, cojos o ciegos, como seguía ocurriendo en el siglo **XVIII**¹⁵.

En cuanto a la inteligencia: «Su entendimiento era muy limitado»..., considerándolos incapaces de relacionar lo que veían, generalizar, abstraer o especular.

Tenían una forma de gobierno hereditario y, cuando faltaba sucesión al cacique, su heredero era el hijo de la hermana mayor. Ejercían un poder teocrático, haciendo hablar al *cerní* por medio de los *buhitis*, hechiceros que ocultos tras el ídolo expresaban su voluntad, que no era otra que la del cacique, ...«tanta era la simplicidad e ignorancia en que vivían estos indios».

Los cacicazgos se dividían en demarcaciones pero todos estaban sometidos, como tenientes, a Agüeynaba.

Los hombres y las doncellas llevaban como único vestido pinturas corporales «de figuras horribles» realizadas con pigmentos vegetales que les protegían del calor, evitaban la deshidratación, aislaban de la humedad, y ahuyentaban la molestia de los insectos, en especial mosquitos. Se individualizaba este vestido con la elección de colores y figuras, así como con otros complementos, como eran plumas en la cabeza, colgantes, bezotes y orejeras de concha, piedra o *guanín*, siendo distintivo del cacique un disco de oro bajo usado como pectoral. Las mujeres casadas se cubrían con un delantalillo de algodón que llegaba a media pierna y que era más largo, hasta los tobillos, en las cacicas¹⁶.

Continúa refiriéndose a la poligamia, cuya única limitación eran las posibilidades económicas del hombre, siendo los caciques quienes disponían de mayor número de mujeres, que se ocupaban de su cabello, pintura corporal, obligaciones domésticas y cuidado de los campos, acompañándolo algunas de ellas, de grado o por fuerza, cuando moría el cacique, en su tumba. Los casados se abstendrían de sus mujeres antes de ir a buscar oro en los ríos y eran muy severos con el incesto¹⁷.

Hace referencia a la forma y sistema de construcción de las casas, construidas sobre postes de madera, con paredes y friso de caña o varas,

15. *Ibid.*, 20-21.

16. *Ibid.*, pp. 22-23.

17. *Ibid.*, pp. 24.

cubierta de hojas de palma y la puerta como único hueco, aunque también las había con porche y ventanas, cubiertas a dos aguas y muy semejantes a las construidas en el siglo XVIII, en este caso con tabiques de tabla y tejas en la cubierta. Explica la funcionalidad del plinto como necesidad impuesta por las frecuentes inundaciones y recoge otros lugares donde se construye de la misma forma.

En cuanto a mobiliario destaca la hamaca, tejida con bejuco, corteza de *emajagua* o cuerda de pita, y los escasos utensilios de menaje que eran de madera, fruto del *totumo*, sin citar la cerámica, lo que no deja de sorprender.

Encendían el fuego con dos palos paralelos atados por sus extremos sobre los que friccionaban perpendicularmente uno más fino, siendo sus armas el arco, flechas y macanas, aunque las flechas no eran envenenadas.

La canoa, elemento de gran importancia, podía ser pequeña, el *cayuco*, mediana o grande —*piragua*— donde podían ir hasta cincuenta hombres, siendo característica común el ser monóxilas y carecer de quilla, por lo que su inestabilidad era grande.

Insiste en la indolencia, la adscripción de la mujer a la escasa agricultura que practicaban, así como el hombre lo estaba a la caza y pesca, tomando de Robertson la idea de que la precariedad de la agricultura se debía a la carencia de cuadrúpedos ¹⁸.

El mundo de las creencias se limitaba a la superstición, sintiéndose protegidos por los *cemíes* tutelares a los que ofrendaban alimentos. Creían en una dualidad de divinidades, según los principios del bien y del mal, con un ser benéfico que no exigía culto alguno y otro maléfico al que había que aplacar con ceremonias simples de oración o impregnación de su representación en forma de ídolo.

Creían en la resurrección y cuando alguien importante enfermaba, el *buhiti* o curandero debía guardar lo mismo que prescribía y en caso de no resultar o incumplirlo, la familia podía castigarle, pudiendo sacarle los ojos. En caso de muerte irremisible, ahogaban a los enfermos, los secaban y practicaban entierros secundarios a los que acompañaban alguna de sus mujeres viva, armas y alimentos ¹⁹.

Describe a continuación los *areytos*, que considera más ritual que diversión y que eran ceremonias de carácter universal, la forma inmediata de aplacar al *cemí*, remediar enfermedades, celebrar nacimientos, muertes o prepararse para la guerra, en cuyo caso las danzas reproducían todos

18. *Ibid.*, pp. 24-26.

19. *Ibid.*, pp. 26-27.

los aspectos de la misma. Los instrumentos empleados eran el tambor de tronco hueco y las maracas o calabazas. En los cánticos se transmitía la memoria histórica. Multitud de formas de danza acompañaban música y canto y no cesaban de beber fermentos e inhalar humo de tabaco por la nariz ²⁰.

El juego de pelota era la distracción por excelencia y golpeaban la pelota con cabeza, hombro o muslo, jugando hombres, mujeres y equipos mixtos ²¹.

Nuevamente insiste en el carácter pasivo de los indios para enlazar con su forma elemental de comercio, que era el trueque sin otra razón que el capricho y sin tener en cuenta el valor objetivo de lo cambiado, careciendo de idea de moneda, peso y medida ²².

Termina refiriéndose al estricto castigo que penaba el hurto por pequeño que fuera: el empalamiento hasta la muerte, por lo que eran poco frecuentes los robos, sin dar posibilidad a la clemencia y deshonrando a quien intercedía por el infractor, aunque fuera su propio padre ²³.

Una reflexión final cierra el capítulo y será la falta de datos que ha observado en las fuentes, pues ...«los españoles pusieron todo su cuidado en referir las acciones militares de sus conquistadores; los extranjeros en desacreditar e infamar su conducta» ²⁴.

Se lamenta de la obstinación en hacer iguales a todos los indígenas de las Antillas, cuando son evidentes las notables diferencias entre ellos. La explicación que ofrece es la falta de instrucción de los primeros españoles que llegaron a Puerto Rico, aventureros más preocupados por sortear los peligros y someter más que observar a los habitantes, aunque no deja de parecerle que las formas de vida que él ha observado ayudan a inferir formas del pasado.

Sigue en el capítulo IV, como hemos visto, un discurso descriptivo que presenta el siguiente esquema analítico:

1) Naturaleza-hombre:

- adaptación: geografía.
- influencia del medio natural: determinismo.
- descripción física de los indios-carácter-inteligencia.

2) Poder-hombre:

- cacicazgos y su organización política.
- cacique como expresión personal del gobierno.

20. *Ibid.*, pp. 27-28.

21. *Ibid.*, pp. 28-29.

22. *Ibid.*, p. 29.

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*, pp. 29-30.

- 3) Sociedad-hombre:
 — formas externas: indumentaria y condición social.
 — formas de relación: matrimonio y poligamia. Tabú: incesto.
- 4) Hombre-naturaleza:
 — adaptación: vivienda: mobiliario y menaje.
 — dominio: fuego; armas – supervivencia.
 — comunicación: canoa-guerra.
 — recursos: agricultura-caza-pesca.
- 5) Hombre-divinidad:
 — religión: superstición-*cem!*
 — creencias: dualidad/bien-mal. Vida posterior: mujeres y objetos para ultratumba.
- 6) Hombre-sociedad:
 — ritual colectivo: *areyto*.
 — juego colectivo: *bato* o pelota.
- 7) Hombre-hombre:
 — trueque-propiedad individual con reconocimiento social.
 — robo-propiedad individual agredida-castigo.

Para ello utiliza fuentes notables del siglo XVI, convenientemente dosificadas para apoyar su discurso, pero no faltan las de sus contemporáneos, especialmente extranjeros, que utiliza por erudición en comparaciones o matizaciones.

Hemos hecho un recuento en el que:

30 citas corresponden a Fernandez de Oviedo

10 citas corresponden a Herrera

7 citas corresponden a Castellanos

1 cita corresponde a Cieza de León

1 cita corresponde a Las Casas

1 cita corresponde a Feijóo

De los extranjeros:

4 citas corresponden a Raynal.

4 citas corresponden a Robertson.

1 cita corresponde a Dutertre.

1 cita corresponde a Rochefort. 1

cita corresponde a Charlevoix.

Deja Abbad al lector con una imagen del indio borinqueño en la que pesa excesivamente el prejuicio etnocentrista, aunque, a veces, reconoce ciertos valores que resalta comparativamente con respecto a los *caribe y*, desde luego, su espíritu científico se rebela contra la inexactitud que supone la indiferenciación étnica, conocedor de las peculiaridades de algu-

nos grupos y habiendo tenido experiencia directa con otros en la Margarita.

No podemos dejar el presente apartado sin referirnos a los capítulos siguientes y alguno anterior, donde Abbad va ofreciendo claves en su vi-

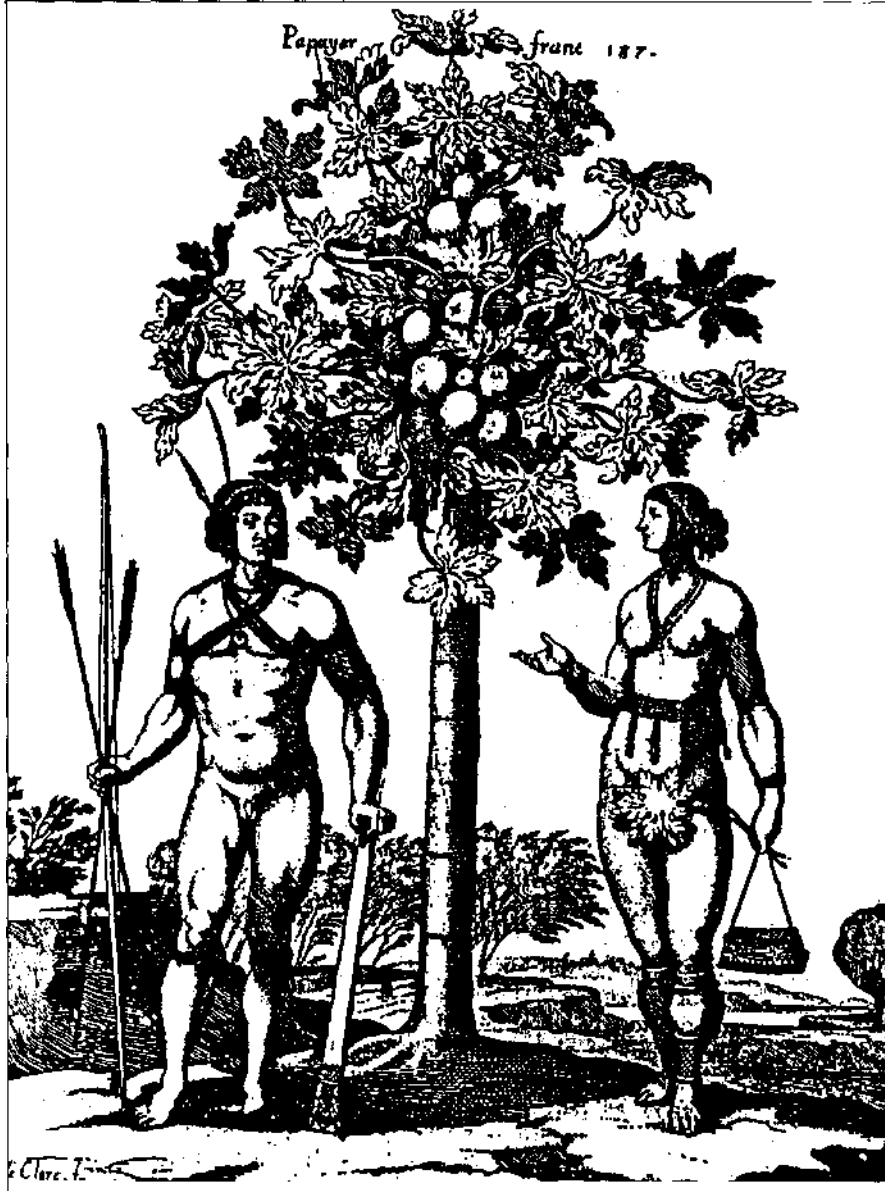


Fig. 6: Pareja de caribes según grabado del siglo XVII, tomado de Alegria (1981).



Fig. 7: Hombre caribe con armas, según grabado del siglo XVIII, tomado de Alegria (1981).



Fig. 8: Mujer caribe, según grabado del siglo XVIII, tomado de Alegría (1981).

Partiendo de las fuentes españolas caracteriza a los *caribes* por su práctica del canibalismo, uso del cabello largo —suelto o recogido— a diferencia de los *tainos*, empleo de flechas envenenadas y rapto de mujeres ²⁹.

Parecida caracterización hace Ricardo Alegría, de quien tomamos las ilustraciones sobre los *caribe*, matizando que la antropofagia era más ritual que habitual; adorno corporal que además de pintura tenía bandas o ligaduras tejidas en las piernas comprimiendo la pantorrilla en las mujeres; cabello largo con flequillo o coletas cortas en los temporales y el resto hacia atrás, a veces con remate de un pequeño moño.

Más importante resulta el uso de lenguas distintas entre hombres y mujeres, quizá debido a la distinta procedencia, a causa de los raptos, de las mujeres *ignerí* insular y continental de los hombres.

En los nacimientos practicaban la *couvade* o *covada*, permaneciendo el padre varios días en cama después del alumbramiento en tanto la mujer se purificaba, haciendo vida ordinaria.

También señala el uso de flechas envenenadas, con venenos mortales sin antídoto, flechas que tiraban hacia arriba para que hirieran al caer con mayor fuerza por la gravedad. Pueblo guerrero y esclavista, carecía de organización política con jefes hereditarios y su estructura habitacional más característica era el «carbet» o casa de los hombres ³⁰.

Resulta, por tanto, inidentificable como cultura un grupo étnico que, sin embargo, fue azote de *tainos* y españoles, finalmente reducido y confinado por franceses, ingleses y holandeses, que se mantuvo aislado pero activo hasta el siglo XVIII.

VI. LOS CARIBES EN LA HISTORIA DE ÍÑIGO ABBAD

Tras la constante referencia en lo que se puede considerar historia militar y política de Puerto Rico, siempre con carácter de agresión y rapiña, dedica nuestro historiador apenas cuatro páginas, las del capítulo XVI, al «Carácter, usos y costumbres de los caribes».

Comienza justificando la referencia a unos indios que sin ser puertorriqueños no fueron ajenos a su historia, sino ...«principales devastadores de la isla de Puerto Rico».

Los pinta de buena estatura, corpulentos y bien proporcionados, con ojos grandes ...«que en su mirar manifestaban su estupidez»... desnudos al

29. SUED, 1978, pp. 58-64.

30. ALEGRIA, 1981, pp. 67-88. Una síntesis actualizada en BALLESTEROS, 1992, pp. 4752.



Fig. 9: Familia de caribes en la isla de San Vicente, según grabado inglés de finales del siglo XVIII, tomado de Alegria (1981).

igual que los *tainos*, carentes de religión, aunque con creencias duales — bien/mal— referidas a seres superiores, se caracterizaban por su indiferencia religiosa prolongada hasta su desaparición ³¹

Sin gobierno, unidos por vínculos familiares, no aceptaban ningún tipo de jerarquía, hablando hombres y mujeres idiomas diferentes. Los

31. ABBAD, 1970, pp. 79-80.

grupos se organizaban por familias, formando aldeas, llamadas *carbet*, en cuyo centro se establecía la casa del patriarca, a cuyo alrededor se colocaban las de los hijos y descendientes casados. Las casas eran de varas o caña cubiertas de hierba seca y sobre estacas, siendo, como era común en los pueblos insulares, la hamaca su único mobiliario.

Su escasa alimentación les permitía largos ayunos, pero, cuando tenían posibilidad, su voracidad era brutal, como lo era la embriaguez y el baile, que despertaban su violencia y desencadenaba muertes entre ellos, por lo que los jefes promovían expediciones de exterminio a islas vecinas, en las que, armados de macanas y flechas envenenadas, se apoderaban de lo que podían y quemaban el resto³².

La imprecisión que dijimos caracterizaba a los *caribe* se manifiesta en las líneas de Abbad y para su redacción apenas emplea fuentes españolas.

Raynal es citado 7 veces; Robertson, 4; Labat, 1 vez.

La bibliografía española citada es:

Castellanos, 3 veces; Herrera, 1 vez; Gumilla, 1 vez; *Historia General de los viages*, 1 vez³³.

Un aura de terror acompaña toda referencia a los *caribe* en el texto de Abbad y lo mismo sucede en las múltiples veces que se refiere a sus correrías por las islas, nada positivo o potencialmente bueno señala en este belicoso, agresivo y turbio grupo étnico que, sin embargo, no falta quien considere una fábula, un mito justificativo en muchos aspectos de la actuación de los primeros europeos que al final fueron sus reductores, aunque la evidencia de los hechos es innegable y también lo fue el horror de sus expediciones.

VII. CONSIDERACIÓN FINAL

Después de la lectura de la *Historia de Puerto Rico* de Abbad y La Sierra nos encontramos con un tratamiento de la información que, sin ser original, se presenta con rigor, bien documentado y que evidencia la formación del autor, su interés más geográfico —en el sentido más amplio del término— que histórico y cómo fuerza la explicación con reflexiones naturalistas, comparación con procesos culturales muy lejanos y se esfuerza por apoyar sus afirmaciones con fuentes historiográficas consideradas las mejores de su época.

32. *Ibid.*, p. 81.

33. Para desarrollar la bibliografía de las citas remitimos a ABBAD, 1970, pp. LXXXI-LXXXVI.

Un cometido más largo es el tratamiento de las relaciones interétnicas que se ofrecen a lo largo de toda la obra, pero hemos querido comenzar con las referencias a los pobladores borinqueños que constituyen la primera aproximación a una historia de Puerto Rico, contextualizada en los avances científicos del siglo XVIII, diacrónica y completa, que es la mejor aportación historiográfica del benedictino oscense, que vivió parte de la realidad americana, y que, desde su tierra aragonesa, brindó a los estudiosos de la América hispánica sobre una de las islas más interesantes del conjunto antillano.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAD Y LASIERRA, Agustín Íñigo.
1970 *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. (1788). Edición y estudio preliminar de Isabel Gutiérrez del Arroyo. [San Juan de Puerto Rico].
- 1981 *Descripción de las costas de California*. Edición y estudio de Sylvia L. Hilton. Madrid.
- ALCINA FRANCH, José
1965 *Manual de Arqueología Americana*. Madrid.
- ALEGRIA, Ricardo E.
1950 *Historia de nuestros indios*. San Juan de Puerto Rico.
1981. *Las primeras noticias sobre los indios caribes*. [San Juan de Puerto Rico].
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel
1992 *Canoeros, flecheros y caníbales del Caribe*. Torrejón de Ardoz.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel y GOMEZ ACEVEDO, Labor
1978 *Culturas Indígenas de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico.
- COLL Y TOSTE, Cayetano
1969 *Prehistoria de Puerto Rico*. Bilbao.
- GOODWIN, R. Christopher and B. WALKER, Jeffrey
1975 *Villa Taína de Boquerón*. San Juan de Puerto Rico.
- LOPEZ Y SEBASTIAN, Lorenzo E.
1992 *Culturas precolombinas del Caribe*. Torrejón de Ardoz.
- ROUSE, Irving
1983 «La frontera taína: su prehistoria y sus precursores». *Seminario sobre... la cultura taína*. Madrid. pp. 25-36.
- ROUSE, Irving y ALLAIRE, Louis
1979 «Cronología del Caribe». *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Santo Domingo, R.D. año VIII, n.º 12, pp. 58-117.

Sión del proceso de contacto, desde la primera experiencia colombina en la Guadalupe con indios borinqueños a las sublevaciones, consecuencias de los repartimientos, guerras y calamidades que los ataques *caribes* trajeron a indígenas y españoles; pero entrar en esos temas con la debida profundidad supera nuestro cometido actual.

V. LOS CARIBES

El segundo grupo étnico con diferenciación lingüística que pobló las Antillas Menores, pero haciendo constantes incursiones sobre sus vecinos noroccidentales, es el de los *caribe*, sin cuya permanente amenaza no se entendería la vida *taína* o del primer poblamiento español de Puerto Rico, razón por la cual se encuentra su constante mención en la *Historia* de Abbad al referirse a la conquista y pacificación de la isla y les dedica un breve capítulo entre los referidos a catástrofes y desgracias padecidas por ella, colocándolo entre los huracanes y los piratas ingleses y holandeses.

Como hicimos con los *taínos*, comenzaremos por caracterizar brevemente a los *caribes*, que se consideran asimilados arqueológicamente a los *sub-taínos* de la cultura o período *Suazey* de las pequeñas Antillas, que tuvo una larga pervivencia y llegó hasta la época hispánica²⁵.

Sus orígenes se atribuyen a una invasión de las islas precedente del Orinoco o las Guayanas que tuvo lugar entre los siglos XIII y XIV, según la historiografía francesa del siglo XVII, pues los franceses al controlar islas con población *caribe* se fijaron más en sus peculiaridades²⁶.

Sin embargo, poco puede aportarse desde la arqueología tanto para definir la cultura como para determinar su difusión espacial. La postura más firme la presenta Ripley Bullen, que definió un estilo cerámico en la isla de St. Vincent, caracterizado por el acabado burdo y la decoración elemental, estilo que denominó *Suazey* y del que se cuestiona su pertenencia a una cultura distinta a la *sub-taína*²⁷.

Jalil Sued presenta una interesante polémica sobre la dualidad cultural antagónica entre *taínos* y *caribes* basada en la superioridad naval y caracterizada por la violencia y crueldad de los segundos, caníbales de hombres y ladrones de mujeres. En un intenso seguimiento plantea la crítica historiográfica desde la época decimonónica a la reciente, con tendencias e instituciones culturales desde cuyo ámbito se ha ido creando un movimiento más o menos conservador, hispanista o crítico²⁸.

25. ALCINA, 1965, p. 495; LOPEZ, 1992, pp. 38-39.

26. SUED, 1978, pp. 97-101.

27. *Ibid.*, pp. 117-129.

28. *Ibid.*, pp. 4-30.

SEMINARIO

1983 ----- *sobre la situación de la investigación de la cultura taína.*
Madrid.

SUED BADILLO, Jalil

1978 *Los caribes: Realidad o fábula.* Río Piedras, P.R.

VELOZ MAGGIOLO, Marcio

1991 *Panorama Histórico del Caribe Precolombino.* Santo Domingo,
R.D.